

lución francesa ha suprimido la servidumbre; el triunfo de las ideas democráticas ha dado fin al pauperismo.»

El prisionero de Ham subió al trono, y no por eso se extinguió el pauperismo; pero en 1844 sus teorías socialistas fueron acogidas con cierta simpatía en el campo de los demócratas, y la república de Salento que el príncipe soñaba para los obreros no se consideró por todo el mundo como una utopía. Jorge Sand escribió entonces: «¡Hablad á menudo de libertades y franquicias, noble cautivo! El pueblo es como vos en la prisión; el Napoleón de hoy es aquel que personifica los dolores del pueblo, como el otro personificaba sus glorias.»

## XXVII

## EL FIN DE LA CAUTIVIDAD

Luis Napoleón había escrito el 18 de abril de 1843: «Si mañana se abrieran las puertas de mi prisión, si viniesen á ofrecerme cambiar mi posición actual por el destierro, no aceptaría, porque esto sería á mis ojos agravar la pena. Prefiero ser cautivo en suelo francés más bien que libre en tierra extranjera.» En 1845, el prisionero no pensaba ya así y solicitaba que le pusieran en libertad. ¿Qué había pasado, pues, y cuál era la causa de este cambio de actitud? Pues sencillamente que el rey Luis, muy enfermo, expresaba el deseo de ver á su hijo antes de morir, y le llamaba á su lado en Florencia.

Luis Napoleón había profesado siempre á su padre una veneración profunda. El anciano rey no le había escaseado las palabras severas ni las observaciones, reprendiéndole de continuo porque se alimentaba de quimeras, y censurando de la manera más enérgica sus intenciones de Estrasburgo y de Boulogne; mas no por eso el joven príncipe dejó de mantenerse fiel á sus deberes de piedad filial. La frialdad de su padre era para él un pesar del que no podía consolarse. Como el anciano rey de Holanda hubiese insinuado varias veces que las demostraciones de cariño de su hijo se debían á un cálculo interesado, el príncipe rechazó con indignación una sospecha contra la cual protestaba todo su carácter. El 6 de mayo de 1844 escribía á su corresponsal de Florencia: «¡Yo obrar por interés! ¡Dios mío, hoy que he gastado casi toda mi fortuna para sostener en la desgracia á los hombres cuyo bienestar he comprometido, daría toda mi existencia por una caricia de mi padre! No me importa que dé á Pedro ó á Pablo toda su fortuna; trabajaré para vivir; pero que me devuelva su afecto, pues jamás me mostré indigno de él y lo necesito. Hay muchos hombres que viven muy bien con el corazón vacío y el estómago repleto; mas para mí es una necesidad tener el corazón lleno; el estómago me importa poco.»

En tal disposición de ánimo se hallaba el príncipe cuando recibió de su padre una carta fechada el 18 de agosto de 1845, que tuvo influencia en su destino. El anciano rey se expresaba así:

«Querido hijo: Te engañarías singularmente si creyeras que soy insensible á tu enojosa posición y á tus penas. Sin duda no puedo olvidar que te has colocado por tu propia voluntad en esa posición; pero padezco porque sufres, y esto es tanto más penoso para mí, cuanto que había abrigado la esperanza de que tu



misma felicidad me proporcionara algún alivio, cosa independiente de todas las vanas glorias de la vida. Las penas morales me han reducido al punto de no poder ya tenerme en pie; ni siquiera me es posible levantarme de la silla sin auxilio ajeno, y sin embargo, no tengo nadie para ayudarme. Ni aun puedo escribir, y ya verás por mi firma cómo lo hago. Practico algunas gestiones en favor tuyo; pero es más que probable que resulten inútiles, como todas aquellas que se practicaron hasta aquí.»

El rey Luis había enviado de Florencia á París á M. Poggioli para impetrar los buenos oficios de MM. de Montalivet, Decazes y Molé, con la esperanza de que el gobierno del rey Luis Felipe permitiese al prisionero de Ham ir á reunirse con su padre. Al saber esto y al recibir la carta del 18 de agosto, Luis Napoleón, vivamente conmovido, contestó así: «Fuerte de Ham, 19 de septiembre de 1845. Querido padre: Al recibir ayer la amistosa carta que habéis tenido á bien escribirme, experimenté la primera verdadera alegría que he conocido desde hace cinco años. M. Poggioli ha podido llegar hasta mí, y por fin me ha sido dado hablar con alguien que nos es del todo fiel y que os ha visto no hace mucho tiempo. ¡Qué dichoso soy al saber que me conserváis todo vuestro cariño!... Participo de vuestra opinión, padre mío; cuanto más avanzo en edad, más echo de ver el vacío que se hace á mi alrededor, y más puedo convencerme de que la única felicidad en este mundo consiste en el mutuo afecto de los seres creados para amarse. Lo que más me ha conmovido es el deseo que manifestáis de volver á verme; este deseo es para mí una orden, y en adelante haré cuanto de mí dependa para que sea posible esa reunión según vuestro deseo, deseo que os agradezco mucho.... Anteayer aún estaba resuelto á no hacer nada para salir de mi prisión. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer, hallándome en tierra extraña y lejos de los míos? Tanto valía la tumba en mi patria; pero hoy una nueva esperanza brilla en mi horizonte, y á otro fin deben tender mis esfuerzos; este fin es ir á prodigaros mis cuidados y probaros que, si desde hace quince años han pasado muchas cosas por mi cabeza y mi corazón, nada pudo desarraigar la piedad filial, base primera de todas las virtudes. He sufrido mucho; los padecimientos han matado mis ilusiones, desvaneciendo mis sueños; pero felizmente no se han debilitado las facultades del alma, esas facultades que permiten comprender y amar todo cuanto es bueno.»

No habiendo tenido resultado las gestiones del rey Luis, su hijo resolvió dirigirse por sí propio al Gobierno, y en 25 de diciembre escribió al conde Duchatel, ministro del Interior: «Declaro al señor ministro que si el Gobierno francés consiente en permitirme ir á Florencia para cumplir con un deber sagrado, me comprometo, *bajo palabra de honor*, á constituirme otra vez prisionero apenas el Gobierno manifieste tal deseo.» El príncipe hizo más aún: el 14 de enero de 1846 escribió al mismo rey una carta concebida en estos términos:

«Señor: No sin profunda emoción voy á pedir á V. M., como un gran favor, permiso para salir de Francia, aunque momentáneamente, yo que desde hace

cinco años encuentro en el aire de mi patria amplia compensación de los tormentos de la cautividad. Pero hoy mi padre, enfermo y achacoso, reclama mis cuidados; para obtener mi libertad se ha dirigido á personas conocidas por su adhesión á V. M., y tengo el deber de hacer por mi parte cuanto de mí dependa para trasladarme á su lado.

»Como el Consejo de ministros no creyó que estuviera en sus atribuciones aceptar la solicitud que hice para ir á Florencia, comprometiéndome á constituirme otra vez prisionero apenas el Gobierno me lo indicase así, apelo, señor, á los sentimientos humanitarios de V. M. y renuevo mi demanda, sometiéndola, señor, á su alta y generosa intervención.

»V. M., convencido estoy de ello, apreciará como se merece el paso que doy, por el cual quedo obligado de antemano á manifestar mi gratitud; y condolido del aislamiento en tierra extranjera de un hombre que se granjeó en el trono la estimación de Europa, atenderá á los deseos de mi padre y á los míos propios.

»Ruego, señor, á V. M. que acepte la expresión de mi profundo respeto.»

Esta carta fué transmitida al rey por el general príncipe de Moskowa, hijo primogénito del ilustre mariscal y par de Francia. El Consejo de ministros estimó que no era suficiente, y que la clemencia del monarca no se podría ejercer sino en el caso de que el príncipe pidiera formalmente su gracia. Ahora bien, el prisionero estaba irrevocablemente resuelto á no pronunciar la palabra «gracia;» y M. Odilón Barrot, que se interesaba mucho por el príncipe, le envió un proyecto de carta para M. Duchatel, invitándole vivamente á firmar.

El príncipe contestó á M. Odilón Barrot el 2 de febrero de 1846: «No creo poder firmar la carta cuya minuta me habéis enviado. Si lo hiciese, pediría realmente gracia sin atreverme á confesarlo, y me ocultaría tras la demanda de mi padre, como el cobarde que se refugia detrás de un árbol para evitar la bala. Esta situación me parece poco digna de mí. Si yo creyera honroso y oportuno invocar pura y simplemente la clemencia real, escribiría al rey diciéndole: «Señor, pido gracia;» mas no es tal mi intención. Aunque sufro, todos los días me digo: Estoy en Francia, he conservado mi honor intacto; vivo sin alegrías, pero también sin remordimientos, y todas las noches duermo tranquilo .... Mi deber es no suscribir una demanda de gracia disfrazada de piedad filial.... No avanzaré ni una línea. La senda del honor es angosta y movable, y no hay más que un palmo entre la tierra firme y el abismo.... Espero con calma la decisión del rey, de ese hombre que, como yo, ha pasado treinta años de desgracias.... Por lo demás, me entrego á mi destino, escudándome de antemano con mi resignación.»

A instigaciones de M. Vieillard, que era entonces diputado por el departamento de la Mancha, otros varios compañeros suyos manifestaron interés por el príncipe, y unos treinta se reunieron en una de las salas de conferencias para examinar su situación y buscar los medios de serle útil. Entre ellos se hallaban MM. Dupont (de l'Eure), Berryer, Garnier-Pagés, Marie, Odilón y Fernando



Barrot. Separáronse sin tomar ninguna resolución; pero al terminar la conferencia, M. Dupont (de l'Eure) dijo: «Que vaya Odilón Barrot á ver al rey, no como jefe de la oposición, sino como particular; que invoque la situación del padre, anciano, achacoso y aislado, y que la compare con la del rey, padre también, pero rodeado de numerosa familia.» Habiendo consentido Odilón Barrot en dar este paso oficioso, al día siguiente fué á las Tullerías y con su elocuencia habitual abogó por la causa del prisionero ante el rey. Según lo referido por él mismo en sus Memorias, trató de persuadir al soberano de que era buena política para él poner término á una cautividad que, si se prolongaba indefinidamente, podría llamar la atención sobre el prisionero; que era preferible anonadar de nuevo al joven ambicioso bajo el peso de la generosidad real, y que la circunstancia de la muerte próxima del rey era favorable, porque la gracia parecería concedida más bien al padre que al hijo.

Luis Felipe contestó que su gobierno no podía aceptar como garantía formal el compromiso del príncipe de reconstituirse prisionero, y que no debía concederle la libertad sino en el caso de que reconociera explícitamente que debía su gracia á la generosidad real. El soberano añadió que la cuestión había llegado á ser además asunto de Estado, el cual no podía resolverse sin una deliberación del Consejo de ministros. Y como M. Odilón Barrot exclamase: «¡Ah, señor, si me envía V. M. á los ministros, no queda esperanza! — ¡Dispensad, dispensad!» repuso el rey, y la conversación terminó cortésmente, pero sin resultado. Un par de Inglaterra, lord Londonderry, dió algunos pasos que no fueron más fructuosos; y en vano declaró, en nombre de Luis Napoleón, que si las puertas del fuerte de Ham se abrían ante el príncipe, éste se comprometería á marchar á América después de pasar junto á su padre tan sólo un año en Italia.

Cuando Luis Napoleón se hubo convencido de que todas sus gestiones fracasarían, puesto que estaba firmemente resuelto á no pronunciar jamás la palabra gracia, tomó una resolución que él mismo, en una carta dirigida á M. De-george, calificaba así: «El deseo de ver otra vez á mi padre en este mundo me ha inducido á intentar la más audaz empresa que jamás proyecté, y para la cual he necesitado más resolución y valor que en Estrasburgo y Boulogne, porque estaba decidido á no soportar el ridículo que recae sobre aquel á quien se detiene bajo un disfraz, y no hubiera podido soportar un descalabro.» En la historia de las evasiones célebres no hay ninguna que sea más asombrosa que la del prisionero de Ham.

El príncipe no confió su proyecto más que á dos personas: su ayuda de cámara Carlos Thélín y el doctor Conneau. Este último había llevado tan lejos su abnegación, que al ser amnistiado en 1844, pidió como un favor que se le permitiera permanecer en la prisión junto al príncipe, y escribió el 28 de noviembre: «Declaro haber elegido mi domicilio en la prisión de Ham, someténdome á todas las condiciones que la autoridad ha creído deber imponerme.» En cuanto á Carlos Thélín, estaba bien resuelto á no separarse nunca de su amo, y como

su cautividad era puramente voluntaria, puesto que no había sido objeto de ninguna condena, se le trataba de una manera especial, autorizándole para salir algunas veces de la fortaleza á fin de que fuese á evacuar sus diligencias á la ciu-



Odilón Barrot

dad. Sin este permiso concedido á su criado, la fuga del príncipe hubiera sido de todo punto imposible. En efecto, Thélín fué quien se encargó de comprar en Ham las ropas de que su amo se sirvió para disfrazarse y quien preparó fuera el plan de la evasión.

El prisionero se guardó bien de prevenir al general de Montholón, porque éste había vituperado la expedición de Boulogne, de la cual no tuvo conocimiento hasta el instante mismo en que el barco que conducía á los conspiradores estaba á punto de tocar en Vimereux. El príncipe sabía muy bien que el general censuraría no menos enérgicamente lo que parecía ser una quimera, una locura; pero lo inverosímil es algunas veces lo verdadero. La historia tiene sorpresas más grandes aún que las de la novela.

Cuando Luis Napoleón comunicó misteriosamente su proyecto al doctor



Conneau, éste hizo todos los esfuerzos posibles para disuadirle. El fracaso parecía inevitable, y hasta se preguntaría cómo un hombre podía ser bastante temerario para intentar semejante empresa. Si se pasa la vista por un plano de la fortaleza de Ham, se verá que el medio de que el prisionero se valió para salir, sin estar en connivencia con ningún carcelero ni soldado, raya en lo milagroso. Solamente circunstancias fortuitas, de las que Luis Napoleón se aprovechó con una audacia y una sangre fría inusitadas, pudieron hacer posible tal milagro.

La prisión del príncipe, guardada por tres carceleros, de los cuales dos estaban siempre de centinela, hallábase situada junto al cuartel, cerca del torreón y en el fondo del patio. Para poder salir por la única puerta de la fortaleza, era preciso, pues, primeramente pasar por delante de los dos carceleros, cruzar el patio en toda su longitud, deslizarse por debajo de las ventanas del gobernador, que se alojaba junto al puente levadizo, y franquear el postigo, donde se hallaban un soldado de plantón, un sargento, un portero, un centinela y, por último, una guardia de treinta hombres. Que el príncipe tuviese la idea de irse solo, en pleno día, delante de todo el mundo, era una eventualidad tan extravagante, tan inconcebible, que los carceleros más recelosos no la hubieran considerado como admisible, y ni el mismo prisionero habría pensado en tal cosa jamás á no mediar una circunstancia muy especial. En el instante en que preparaba su proyecto, se había puesto á disposición del gobernador de la fortaleza una suma de seiscientos francos para efectuar en el alojamiento del príncipe y en la escalera que á él conducía algunas reparaciones indispensables. Desde entonces hubo continuas idas y venidas de obreros por el patio, y Luis Napoleón observó que se les examinaba cuidadosamente al entrar, pero mucho menos al salir. Esto fué para él un rayo de luz, y tomó la extraña resolución de disfrazarse de obrero y salir del fuerte en pleno día.

## XXVIII

## LA EVASIÓN

El príncipe ha fijado su evasión para el 25 de mayo: el 26, los obreros habrán terminado sus trabajos; pero la víspera estarán aún allí todos, y el gobernador de la fortaleza, un poco indispuerto desde hace algún tiempo, se levantará más tarde que de costumbre. Estas son dos circunstancias que es preciso apresurarse á utilizar. El 24, al dar el príncipe las buenas noches al general de Montholón y á su señora, los abrazó con una emoción que estuvo á punto de descubrirle; pero ni uno ni otro podían sospechar lo que se preparaba.

El 25, el abate Tirmache, cura de Ham (que será bajo el segundo Imperio obispo y capellán de las Tullerías), debía decir misa en la fortaleza, en la habitación del piso bajo que servía de capilla, y muy de mañana el príncipe le escribió y envió la siguiente carta: «Señor deán: Quisiera que tuviese usted la bondad de aplazar hasta mañana ó pasado la misa que se proponía celebrar hoy en el castillo, pues habiéndome levantado con fuertes dolores, me veo obligado á tomar un baño para calmarlos.»

Son las seis y media de la mañana: los obreros han comenzado su trabajo ya y ocúpanse en restaurar las pinturas de la escalera. En el mismo instante, el príncipe acaba de disfrazarse. Entre los documentos de las Tullerías, después de la revolución del 4 de septiembre, se encontrará la cuenta de los efectos que sirvieron para este disfraz, y cuyo importe se elevó á veinticinco francos. Es un verdadero traje de trabajador: el prisionero se pone sobre su levita una blusa azul manchada de yeso; en la cabeza una peluca negra con largos cabellos y una gorra que se ha frotado con piedra pómez; se calza unos zuecos que le hacen parecer más alto; se oscurece el rostro, y para transformarse completamente se corta el bigote. El futuro emperador tiene ahora el aire de un verdadero albañil.

«Yo mismo, debía decir más tarde el doctor Conneau, 'no habría reconocido al príncipe en el obrero así equipado, si le hubiese visto en alguna parte.» Bajo sus ropas el prisionero guarda una cartera que contiene dos cartas, una del emperador, su tío, y otra de la emperatriz Josefina, su abuela, cartas que lleva siempre consigo porque las considera como talismanes. Es una grave imprudencia, pues si se detuviera al fugitivo en el camino, estas cartas bastarían para que se le reconociera. Pero ¿qué importa? Supersticioso y fatalista, el cautivo se abandona á su suerte.